

En memoria de Don Sergio Méndez Arceo

Luisa Pernalette

Mientras aquí en Venezuela aún no salíamos del aturdimiento producido por los acontecimientos del 4 de Febrero, el día 5 moría en México el Obispo Sergio Méndez-Arceo, Don Sergio, considerado por otros Obispos progresistas latinoamericanos como "el Hermano mayor". A los 85 años de edad presidía el Secretariado Internacional Cristiano de Solidaridad con América Latina. "Oscar A. Romero", del cual había sido su fundador en 1981.

Por muchos años el VII de Cuernavaca-México fue noticia no sólo para su país sino para toda la Iglesia Latinoamericana. Para unos "mala noticia", para otros, sobretudo para los pobres del Estado de Morelos y para sacerdotes, cristianos y Obispos considerados de "avanzada", su palabra y sus acciones eran "Buena Noticia".

Nació el 28 de Octubre de 1907. Fue consagrado Obispo de Cuernavaca en 1952 y ya en 1957 estaba dando qué hablar por las reformas que comenzó a introducir en su Diócesis, adelantándose a los cambios que después vendrían para todos con el Vaticano II. En aquellos años Don Sergio hizo transformaciones en la Catedral, introdujo mariachis en su Misa, como parte de su comprensión a la cultura popular de su pueblo, eliminó imágenes para que "se retornara a Cristo"... Gran escándalo se armó y desde entonces se tuvo que ir acostumbrando a los escándalos y a las calumnias. Según él, en 1957 pretendía "provocar la crisis evangélica" y así pasó todo su Obispado, escandalizando a unos e iluminando a otros muchos, tal vez anónimos, de todas partes, habriendo brechas para los cambios necesarios, para los diálogos necesarios.

Consideración especial merece su magisterio desde el púlpito de su impresionante Catedral. Su Misa dominical a las 11 de la mañana se llenaba, mucho pueblo con cara india y también muchos visitantes del resto de México e internacionales. Partía siempre de hechos concretos que recogía de la prensa diaria y de sus visitantes, y luego iluminaba esos hechos con el Evangelio. Sus consideraciones, sus denuncias arrancaban frecuentemente aplausos de los asistentes, aunque no faltaba alguno que en plena Homilía se levantara en señal de protesta. Abusos policiales —acallados normalmente en el México del PRI—, atropellos a indígenas campesinos, problemas obreros, capturas de sacerdotes y religiosas comprometidos con los pobres mexicanos, denuncias de desaparecidos... todas esas creces encontraban espacio en su homilía, con seriedad y con valentía. Estaba convencido de su deber de anunciar al Cristo Histórico (X). Poco antes de jubilarse, fue famosa la excomunión que decretó para los funcionarios oficiales torturados lo cual le aumentó su número de detractos.

Se paseaba también por América Latina. Analizaba los hechos importantes: Chile, Nicaragua, Guatemala, El Salvador... las luchas de esos pueblos encontraron, cuando lo necesitaron, no sólo tiempo, sino también aliento y consejos en la palabra de Don Sergio. No es de extrañar que su enseñanza dominical la reprodujeran luego el Lunes varios periódicos, pues interesaba a muchos, era la voz de muchos, era el consuelo de muchos. Al finalizar la misa cada domingo, Don Sergio saludaba en la puerta de la Catedral a todos, con sencillez asombrosa, con un gran sentido del humor. Ya grande por su gran estatura, creo que con la gente alrededor, se crecía. Era el momento en que le aboraban todos; campesinos, periodistas, gente venida del extranjero que querían conocerle...

La apertura al cambio fue otra de sus características. Decía que "fruto de la práctica del mandamiento nuevo, el amor, siempre (está) dispuesto a aceptar y crear lo nuevo". El ecumenismo, el diálogo abierto con marxistas (cuando nadie hablaba de ello), el diálogo con movimientos revolucionarios centroamericanos, las investigaciones que promovía en su Diócesis (recuérdese el famoso centro de Documentación bajo la dirección de Iván Ilich (todo eso y más da fe que creía profundamente en la conversión permanente. Nada de esto lo hacía con la ingenuidad, era muy estudioso, tenía sus asesores y conversaba mucho antes de tomar decisiones.

Finalmente, hay que destacar su espíritu solidario. Creo que en lo que respecta al fomento de la solidaridad internacional de los cristianos Don Sergio, junto a Monseñor Leonidas Proaño y Don Pedro Casaldáliga, fue pionero, no sólo por haber fundado estructuras específicamente para ello (Comités Cristianos de Solidaridad) sino sobre todo porque su Diócesis fue un verdadero "refugio" en el sentido amplio para todo el que lo necesitó. Hace unos 10 años, cuando Don Sergio cumplió 75 años y la Diócesis de Cuernavaca realizó toda una semana de estudio y reflexión sobre el trabajo de la Diócesis y cómo continuarlo si Don Sergio faltaba, una persona representando a los Organismos de Solidaridad (para entonces muy numerosos en México) dijo que Don Sergio, su Catedral y la Diócesis de Cuernavaca eran como un rincón, por lo que tiene el refugio un rincón. Los que no encontraban comprensión en sus Pastores, los perseguidos por ser fiel al Evangelio, aún sin haber pisado el Estado de Morelos, Cuernavaca era de muchos, Don Sergio fue el Pastor de muchos. A la solidaridad latinoamericana entregó el hermano mayor todos sus últimos años. No descansó. Suponemos que la noticia de los tratados de Paz para el Salvador iluminaron sus últimos días.

Cuando supimos la muerte de Don Sergio se nos escapó espontáneamente una lágrima, pero luego recordando todo el bien que hizo a tantos me sentí feliz de encontrarme entre esos feligreses "anónimos" y de que América Latina a pesar de todo —tenga a Don Sergio en su historia—.

(*) El libro *Jesucristo, los pobres, el socialismo y la Iglesia de hoy*, de Don Sergio (Editorial Española, Bilbao, 1979), contiene parte del pensamiento de Don Sergio sobre estos temas.